

MARÍA EUGENIA SILVA. *VICENTE HUIDOBRO Y PIERRE REVERDY FRENTE AL CREACIONISMO*. SANTIAGO: MAGO EDITORES, 2018: 168 p.

VICENTE HUIDOBRO Y PIERRE REVERDY: LA ESTÉTICA DE LA PATERNIDAD

Vicente Huidobro y Pierre Reverdy frente al creacionismo de María Eugenia Silva es un libro necesario. No sólo porque despeja los términos de una polémica importante en el contexto de la poesía chilena y francesa del siglo XX, a partir de una documentación exhaustiva, estructurada en cinco sendos capítulos, cada uno de los cuales aborda un aspecto de la polémica, sus antecedentes y conclusiones, sino porque plantea interrogantes y dudas de relevancia acerca de algunas discusiones habituales en las querellas, disputas y tertulias literarias. Entre ellas, la pregunta implícita por los límites que separan al plagio de otras prácticas más legitimadas en el ámbito de la creación poética. ¿Es posible la originalidad en un contexto en que la literatura se muestra como un cesante diálogo polémico y fraterno entre los autores y sus predecesores? Y más allá de eso, ¿es posible una escritura individual, que pueda atribuirse en términos absolutos a la paternidad de un sujeto denominado autor? ¿O es más pertinente considerar la escritura como un acto colectivo, o al menos de co-autoría, donde quien escribe en gran medida es la lengua misma, la lengua entendida como el vehículo de una tradición, que funciona como un verdadero inconsciente colectivo del lenguaje?

María Eugenia Silva se propone clarificar y tal vez clausurar, la polémica desatada en torno a la originalidad o paternidad del creacionismo de Vicente Huidobro y sus comienzos en Europa. Hasta hace poco tiempo, se le acusaba de imitar el estilo de sus contemporáneos durante su estadía en Francia, a inicios del siglo XX, y de haber antedatado su primera obra claramente vanguardista, *El espejo de agua* (1916), con el objeto de aparecer como el primer creacionista de la falange cubista.

La autora intenta demostrar, con argumentos más que plausibles, la originalidad –término cuestionable en el contexto del debate con el tradicionalismo– del autor de *Altazor*, contextualizando su periodo creativo en París, aplicando un interesante y productivo concepto: la adquisición adecuada, el conjunto de convergencias libres de intencionalidad plagiaaria, que vincula obras producidas en distintos contextos.

María Eugenia Silva realiza un acercamiento progresivo entre los dos autores en juego, convocando numerosos elementos del anecdótico personal. La documentación exhaustiva de la autora, le permite realizar un ejercicio comparativo entre textos claves

de Huidobro y Reverdy, contrapunto que le permite afirmar, con sólidos argumentos, que la iniciación del movimiento creacionista es obra del poeta chileno.

La polémica Huidobro/Reverdy fue la lucha por el reconocimiento de la paternidad del Creacionismo, movimiento poético de vanguardia que postulaba la independencia del poema de la realidad empírica y criticaba la función descriptiva del quehacer poético, proponiendo que el poema debía ser un objeto creado en cada una de sus partes, más allá de las leyes de la naturaleza. No obstante la veracidad de la querrela, tal como lo aclara María Eugenia Silva, Vicente Huidobro no se habría arrogado nunca la “paternidad” del Creacionismo, del que decía ser sólo su iniciador. Esta palabra –iniciador– si bien carece de las connotaciones más marcadas del concepto “padre” (poder, creador, Dios) alude más o menos a lo mismo: el padre es el iniciador de la vida del hijo.

No se trata, sin embargo, sólo de una lucha entre “padres”, pues lo que estaba en juego, en definitiva, era la originalidad del movimiento creacionista, “engendrado” o “iniciado” por Huidobro en su contacto con la literatura francesa cubista de la época. La originalidad, a estas alturas, uno de los bastiones míticos del Romanticismo, renovado y hecho resurgir en el período de las vanguardias, que retoma, entre otras cosas, la idea del genio creador, resulta anacrónica, si no fuera uno de los grandes mitos de la Literatura Universal. Lo original es lo que está al inicio de todo, por tanto es lo que origina otra cosa, pero no es originada por nada. Una versión profana del motor inmóvil de Santo Tomás de Aquino.

Se trata de una disputa y una lucha por ocupar el lugar del padre creador, en el contexto de una escuela de vanguardia, rótulo que define a una serie de movimientos artísticos bastante heterogéneos, pero que tenían en común la voluntad de fundar algo nuevo (el hijo adánico y edénico) y en romper con una tradición que ya no representaba los intereses ni las necesidades expresivas del hombre del siglo XX.

Hay poetas padres y poetas hijos.

Los poetas padres son aquellos que surgidos en el seno del romanticismo hasta el período de las vanguardias, postulan una ruptura de la tradición, autoproclamándose huérfanos, y al mismo tiempo fundadores de algo nuevo, de una tradición nueva, en nada parecida a la anterior. Padres sin padre, estos poetas parecieran compensar la ausencia paterna empírica con el ejercicio de una paternidad imaginaria, hipertrofiada. La poesía moderna –desde Baudelaire en adelante– es poesía que no reconoce o derechamente abjura de sus padres, por considerarlos anacrónicos, representantes de una estética vieja, que ya no se condice con las nuevas condiciones históricas, sociales y culturales de la nueva época.

Los otros, los poetas hijos o nietos se asumen como pertenecientes a una familia –la tradición– de la que se declaran –explícita o implícitamente– tributarios.

Son poetas tan anclados en su tradición, que no reclamarían la paternidad de nada, puesto que asumen que su creación corresponde a una autoría colectiva, y no

se sienten dignos –o indignos– de declarar su estatus de paternidad. En el extremo de esta tendencia, podríamos situar a los poetas populares, de tradición oral, que no pueden explicarse fuera de la dinámica de la creación colectiva y la crítica implícita de la autoría individual.

Pero el poeta padre y el poeta hijo no constituyen una dualidad excluyente. No hay poetas sin padre, lo que hay son poetas que no lo reconocen, se resisten a mostrarse como continuadores de una tradición. El concepto romántico de genio creador del que es tributaria la poesía moderna los hace reacios a aceptar que su obra tiene antecedentes en la cultura establecida.

La poética del padre y la poética del hijo, se han sucedido a lo largo de la historia de la literatura, periódicamente, dominando una u otra el espacio literario de su época. Así, el periodo romántico corresponde sin dudas a una estética del padre, mientras que el neoclasicismo corresponde a una poética del hijo. Y así sucesivamente. Las vanguardias llevan la poética del padre a un extremo, al plantear las obras como nacidas de la voluntad creadora de un demiurgo. Se podría hablar de un impulso fratricida en una doble dirección: matar al padre para afirmarse a sí mismo como un padre. De allí la necesidad de desvincularse de la filiación que no haría sino relativizar su estatus de padre creador y a la vez la condición ex-nihilo de la obra. La querrela Reverdy/Huidobro se revela en todo su posible equívoco, cuando se intenta demostrar quién formuló primero el movimiento creacionista, en lugar de observar la relación entre ambos autores como una co-autoría o mutua colaboración, donde lo que importa no es la paternidad del movimiento –siempre sujeta a subjetividades–, sino, por sobre todo, el sustrato colectivo del que surge, esa especie de magma genésico que da vida a las creaciones humanas, nunca individuales, sino cruzadas, constituidas por las voces de los otros. Sin plagio no hay creación posible, en ninguno de los ámbitos del saber humano. Quien “crea” lo que hace es darle forma tentativamente definitiva –valga la contradicción– a una acumulación de saberes, técnicas formas, temas, donde el hecho creador individual solo aporta un componente mínimo y casi insignificante a la obra ya casi creada en su totalidad por la tradición, que no lo redime de su condición de plagiarlo. Son algunas reflexiones que surgen a partir de la lectura de este valioso libro de María Eugenia Silva, que sin duda, será un referente necesario para todo aquel que indague en la relación de Huidobro con la poesía francesa de su época, pero fundamentalmente en su relevancia y su lugar de fundador de una nueva tradición poética hispanoamericana, algo más que un mero eslabón en lo que Octavio Paz llama la tradición de la ruptura. Una reflexión final podría sugerir, a modo de corolario crítico, que lo que importa verdaderamente, más que la paternidad del creacionismo, es su productividad, su influjo en tentativas neovanguardistas en la poesía de habla hispana de la segunda mitad del siglo XX.

Rafael Rubio Barrientos
Escritor